

UN ROMANCE SENTIMENTAL

Alan Nelson

Ninguna historia de aquella alocada década de 1970 podría considerarse completa sin mencionar el célebre episodio del «Anunciante Paranoico del Cielo», que en setiembre de 1973, sumió a la ciudad de San Francisco en un desconcierto y una confusión tales durante tres días completos, que no fueron superados por ningún otro incidente de todo aquel periodo. El relato escueto de los hechos es como sigue.

El 27 de agosto de 1973, un hombrecillo encolerizado, de pelo blanco y zapatos de color, avanzó indignado por un largo corredor, empujó una puerta que decía «Publicidad» y, refunfuñando, cruzó la habitación, abrió violentamente la ventana y se asomó para contemplar el cielo, frunciendo el entrecejo.

Se trataba de H. J. Spurgle, propietario y fundador de la compañía de jabones Spurgle (fabricantes del detergente para usos domésticos conocido por GIT), y su airado ceño se debía a tres frases escritas que revoloteaban vaporosas en el cielo de San Francisco.

GIT ES CRIMINALMENTE EFICAZ

EL CRIMEN SE PAGA....¡ADQUIERA GIT!

PRUEBE LA FORTALEZA DE GIT

Justo detrás de él se hallaba su secretaria privada, Nita Kribbert, una morena deliciosa de elaborado peinado, que dejaba escapar pequeñas exclamaciones de adulación.

—¿Quién es el responsable de eso?—gruñó Spurgle al retirar su cabeza de la ventana, señalando hacia arriba con un dedo sarmentoso. Su cara aparecía anormalmente roja, como si se la hubieran frotado con demasiado vigor.

Once empleados de la oficina de Publicidad parpadearon ansiosamente y volvieron sus rostros hacia él.

—Yo.

Spurgle dio media vuelta y miró fijamente a un inquieto y delgado joven vestido con una chaqueta de cuero, que acababa de entrar en la habitación.

—Bien, es el peor anuncio de esta clase que he contemplado jamás —gritó Spurgle aproximándose lentamente hacia él con su reloj en la mano—. Sus letras han empezado a esfumarse en menos de treinta segundos.

—La brisa, señor..—se disculpó Everett Mordecai, mirando doliente a Nita.

—Con brisa y sin brisa—rugió Spurgle—, no le estoy pagando para que deje un simple rastro de humo a través del cielo y que nadie es capaz de leer. ¿Por qué? Yo podría hacerlo mejor con un puré de treinta centavos. ¡Prepare mejor la mezcla de humo, joven! ¡Necesito que el anuncio permanezca mas tiempo en el cielo! ¿Comprende? ¡Más tiempo!

Mordecai observó con expresión triste al airado hombrecillo y luego a la encantadora Nita, preguntándose si esto seria el fin. Había sido contratado cinco meses atrás como químico investigador y todo le había salido mal. Durante la primera semana había hecho estallar un pequeño laboratorio, al llevar a cabo, sin autorización, un experimento con el que pretendía conseguir un jabón de «acción rápida para las manos». Trasladado a contabilidad, su borrador de tinta experimental disolvió casi por completo un libro mayor ante la mirada horrorizada del jefe de sección. Un breve paso por la sección de ventas y mercancías resultó igualmente desastroso.

Y ahora su miserable ocupación como anunciador aéreo estaba a punto de constituir también un fracaso. Y precisamente en presencia de Nita. La perspectiva era insoportable. Durante meses había perseguido a esta estupenda y evasiva criatura como un atolondrado y abyecto esclavo, que jugaba al «ahora me caso, ahora no me caso».

—No puedo soportar a los fracasados—le había dicho cuando empezó a cortejarla—. Quiero un hombre que camine hacia la cumbre del éxito.

Pero cuando con más ahínco trataba de triunfar, peor le salían las cosas. Había adelgazado mas de cuatro kilos, y la boca del estómago se le retorcía de la mañana a la noche, como un eruptante tubo de ensayo.

—¡Permanencia —estaba gritando Spurgle—. ¿Está claro?

Mordecai contemplo estúpidamente a su enfurecido jefe, que salió como una tromba de la oficina. Nita se detuvo un momento.

—Continúa probando —le animó con una sonrisa.

Mordecai escribió el eslogan usual: «¿Probó GIT?», «¡Compre GIT!» a una altura de seiscientos metros, hizo descender el helicóptero y aterrizó, arrastrándose fuera de la cabina hasta donde Nita y mister Spurgle le esperaban, junto al hangar.

—¡Everett! —gritó Nita, acercándose a él—. Durante dos semanas he estado tratando de localizarte. ¿Dónde te has metido?

—He estado fuera—contestó Mordecai con sequedad.

Estaba más delgado, mas huraño; unas bolsas oscuras temblaban bajo sus ojos.

—Tengo algo que decirte—empezó ella.

—Joven —interrumpió, impaciente, Spurgle—, ¿podría explicarme quizá todo esto?—Enarbolaba una nota interna de oficina—. ¿Por qué es tan urgente que esté hoy en el aeródromo a las once de la mañana?

Mordecai sacó su cronómetro y volvió su vista al cielo, mirando las frases que había escrito unos minutos antes.

—Posiblemente le gustará comprobar la permanencia de esas letras...

Spurgle miró hacia arriba automáticamente. Las letras aún firmes, fuertes y perfectamente dibujadas, parecían descender sin resultar afectadas en lo más mínimo por la brisa que soplaba a través del campo.

—Están bajando—comentó Nita con asombro.

Spurgle frunció el entrecejo esperando que, inevitablemente, se disolvieran hasta desaparecer.

Pero ni se disolvieron ni desaparecieron.

Como grandes globos inflados, las letras bajaron gradualmente, haciéndose cada vez mayores y más claras a medida que se acercaban al suelo, donde rebotaban suavemente varias veces y permanecían inmóviles.

Los tres se acercaron en silencio. Spurgle dio una patada a la Letra G de «GIT». Era una cosa blanca, monstruosa, de tres metros de espesor y tan grande como media manzana de casas, hecha de una sustancia elástica, flexible, a media camino entre la goma espuma y la gelatina, de color opaco y tan ligera que, pese a su tamaño, Mordecai podía levantar toda la letra con una sola mano. Jugó con ella un momento.

—Usted exigió, permanencia...

Mordecai bajó la mano y la gigantesca letra se deslizó, botó perezosamente sobre la tierra, se retorció como los anillos de una monstruosa serpiente y se quedó quieta, vibrante. Nita encontró el punto de la i, una tremenda esfera blanca del tamaño de dos enormes garajes juntas... y trató de empujarlo fuera del hangar. Spurgle hizo una mueca y se frotó las mejillas.

—¿De qué está hecho eso?—preguntó, por fin, cogiendo un pedazo de la G y retorciéndolo nerviosamente entre sus manos. Al soltarse, la letra adquirió instantáneamente su forma primitiva.

—No es más que un derivado del caucho sintético con un poco de neopreno y un par de puñados de korosil...

—Da lo mismo—masculló Spurgle, cada vez más irritado. Sacó una navaja, la abrió e intentó cortar un extremo de la T—. Lo enviaré al laboratorio y haré que lo analicen.

Pero la materia no se dejaba cortar. Dos veces hundió Spurgle la navaja, incluyendo el brazo, dentro de aquella sustancia parecida al caucho, con el mismo resultado que si tratara de pinchar una esponja con un prensapatatas.

—Bueno, sí, debo admitir que es un truco ingenioso —gruñó vacilante—. Sin embargo, la semana pasada decidí abandonar nuestra campaña publicitaria aérea.

Consultó su reloj y se volvió hacia Nita.

—¡Por Dios, Nita! Vaya a recoger los billetes. Nos quedan exactamente veinticinco minutos.

Nita se entretuvo lo suficiente para acariciar el brazo de Mordecai.

—Continúa probando—dijo sonriente, y echó a correr a través del campo.

—Como le decía, Mordecai—continuó Spurgle—, parece interesante, pero mucho me temo que resulte otro fracaso. Cuando regrese de mi luna de miel trataré de darle una nueva oportunidad, tal vez en el departamento de expediciones...

—¿Luna de miel?—repitió Mordecai como un eco, presagiando un desastre.

—En efecto—contestó Spurgle, mientras se relajaba su rostro en dirección a la desaparecida silueta de Nita—. Nita y yo nos vamos ahora mismo a Palm Springs. Pero no diga ni una palabra de esto a nadie todavía. Es un secreto...

Mordecai permaneció atontado, mientras Spurgle se dirigía hacia la administración. De repente, un gruñido sordo pareció sacudir todo su cuerpo y se alejó, pegando tan terrible puntapié al punto de exclamación, que lo hizo salir fuera del aeródromo.

Estos son los sucesos que condujeron a San Francisco a los tres días más confusos y disparatados de toda su historia. Durante los veinte años sucesivos se intentó inútilmente determinar si los actos de Mordecai fueron consecuencia de una frustración de personalidad o simplemente que «continuó intentándolo».

El *Chronicle* de San Francisco del día 14 de setiembre de 1973, incluyó esto noticia en la primera página:

«Los vecinos de numerosos distritos de la ciudad se vieron sorprendidos a primeras horas esta mañana por la aparición de enormes letras de caucho, que se apoyaban en los aleros de las casas, llenaban los patios interiores o bloqueaban el paso de los vehículos en las calles. En las afueras una enorme O elástica rodeó el edificio de la «Shell», como si fuera un anillo gigantesco, y quedó suspendida del asta de una bandera del piso dieciséis. La «Fundición Atlas» ha comunicado que una de sus grandes chimeneas de ladrillo quedó obstruida por una esfera blanca de considerable tamaño.

»El meteorólogo míster Fred Ballard no logró identificar el origen del fenómeno, aunque declaró que tales objetos podrían ser subproductos de un nuevo proyecto de desarrollo atómico localizado en algún lugar de la vecindad.

»Según ha avanzado la mañana, la extraña lluvia ha parecido ir en aumento, produciendo singulares molestias en varios puntos estratégicos, debido a la dificultad de eliminar estos objetos. Resulta imposible cortarlos, quemarlos o desinflarlos; únicamente desplazarlos de un lugar a otro. Pero la pregunta que todos se formulan es: «¿Adónde?». Los solares vacíos de algunos distritos han sido colmados y la policía informa que se han producido algunos reyertas entre los vecinos sobre el particular.

Hasta la mañana después, no descubrió San Francisco, con ira, que el persistente fenómeno no era un subproducto atómico sino un viejo truco publicitario. Mordecai había arrojado hasta entonces letras sueltas, pero ahora empezaba a unir las en una escritura bellamente caligráfica. Las frases caían lentamente, en las que todos podían leer con claridad: «¡COMPRE GIT!», e iban cubriendo la ciudad como una capa de nieve.

El caso es que el tamaño de las letras se hacía cada vez mayor. La sola frase «GIT LIMPIA», por ejemplo, ocupaba completamente la avenida Van Ness, desde el Golden Gate a la calle Post. Y «LIMPIE CON EL PODEROSO GIT», que aterrizó en el estadio Kezar, se desbordó como una cuchara en una fuente de sopa.

El rugido de protesta que brotó del pecho de los ciudadanos en aquella mañana, un inolvidable viernes, constituyó una demostración de indignación cívica que, probablemente, nunca será igualada. Como es lógico, la compañía de «Jabones Spurgle» se convirtió en el blanco de la repulsa popular.

Cuarenta mil indignadas amas de casa marcaron casi simultáneamente el número de teléfono de Spurgle, y las cuatro asustadas telefonistas de servicio en la centralita, desconcertadas por la avalancha, tuvieron que quitarse los auriculares, mientras observaban con panizo el frenético relampaguear de las luces indicadoras, hasta que la instalación se fundió definitivamente.

En el exterior, una furiosa muchedumbre, estimada entre las 10.000 y 20.000 personas, se amontonaba en torno a las verjas de alambre, gritando y arrojando de vez en cuando ladrillos al patio.

A las once de la mañana un comité de siete personas, encabezadas por el alcalde Randolph Rockwell, un hombre grueso, con arrugas verticales en su rostro, se abrió camino entre la airada multitud hasta que logró entrar en la encristalada oficina de H. J. Spurgle. Este se hallaba preso de un ataque de fría rabia, balanceándose en su sillón oscilante, con la cara casi purpúrea, e intentando controlar desesperadamente sus sacudidas.

—¿Quién es el responsable de eso? —gritó Rockwell junto a la ventana y señalando con un dedo hacia el cielo—. Le exijo que ponga fin inmediatamente a esto publicidad abusiva.

Transcurrió un instante antes de que Spurgle pudiese recuperar la voz.

—¡Poner fin!—aulló—. ¿Y no cree que yo soy el primero en desearlo? Esto ha estropeado mi boda. Ahora arruina mi negocio. ¿Poner fin? ¿Cómo?

—Ordene a su empleado que vuelva, ese es el cómo..

Spurgle rió históricamente.

—Ordéneselo usted mismo. ¡Ese individuo se ha vuelto completamente loco! El único procedimiento posible para que baje es derribarlo a cañonazos.

Un hombre con una cartera se adelantó.

—Sea como fuera, Spurgle—afirmó con un tono frío y judicial—, como abogado del Ayuntamiento, debo advertirle que ese individuo está incluido en su nómina y que, por lo tanto, es usted legalmente responsable.

—¿Qué quiere decir legalmente responsable? —gritó Spurgle—. Mi compañía tiene una licencia perfectamente válida para utilizar el cielo en su campaña de publicidad durante el año 1973. Así que la responsabilidad legal me tiene sin cuidado.

Removió por un momento en los cajones de su mesa de despacho y halló un documento que tendió al abogado.

Este examinó cuidadosamente el papel y frunció el entrecejo, meneando la cabeza.

—Esto parece estar en orden—dijo—. Caballeros, con franqueza, ignoro por completo cuál de las ordenanzas municipales ha sido violada, como no sea la prescripción antinieblas.

Por desgracia, nada parece haber salido de los límites de la legalidad.

Se produjo un silencio embarazoso.

—¿Cuánto tiempo puede continuar en el aire?—preguntó alguien.

—Meses —contestó Spurgle, sombrío—. Nuestros dos helicópteros están propulsados por energía atómica.

—Pero el aprovisionamiento de caucho... o lo que sea el material—exclamo el alcalde Rockwell—. Es probable que no durará indefinidamente. ¿Qué dice a eso, Cliff...? Es usted nuestro ingeniero municipal.

—No he tenido tiempo de analizar esa sustancia—contestó un hombre estólido, vestido con un traje azul de sarga—. Pero puedo decirles una cosa. Hay más caucho en una pelota ordinaria de golf que en una de esas frases publicitarias entera. Es como el azúcar en aquellos azucarillos que se vendían en las ferias... Con muy poco se consigue convertirlo en una espuma

voluminosa. Si ese individuo dispone de 100 ó 150 kilos de cubiertas viejas, por ejemplo, tiene cuerda para rato.

—Tal vez lo mejor sea derribarle a cañonazos—intervino Guire, el jefe de Policía.

—¡No! ¡No!—se apresuró a intervenir el abogado—. ¿No ha comprendido que no está cometiendo ningún delito? Si escribiese frases obscenas en lugares públicos... Derríbelo y el Ayuntamiento se vería demandado por media millón de dólares.

El alcalde Rockwell, nervioso testigo de esta discusión, dejó de mordisquear las patillas de sus gafas, aclaró su garganta y se volvió hacia un hombre enteco y preocupado.

—Bueno, Ed, parece que este asunto es de su competencia.

—Este asunto no entra en modo alguno en la jurisdicción de la Defensa Civil—contestó, irritado—. No estamos siendo atacados. Personalmente, creo que compete a la Comisión Aeronáutica Civil.

—¡Ni hablar!—exclamó otro hombrecillo unas filas más atrás—. Se trata de un asunto local, pura y simplemente. Quizá el director del departamento de Régimen Interior pueda hacernos alguna sugerencia...

—¡Hagan bajar a ese loco!—vociferó Spurgle.

Mientras tanto, en el exterior, la ciudad se vela más y más sumergida por un torrente de frases publicitarias. Por la tarde, cansado por lo visto de arrojar frases estereotipadas, Mordecai empezó a lanzar otras de su propia cosecha:

GIT CONTIENE TRI-SODIUM PHENO-BARBITOHIPERCLOROSOL
Y SE OBTIENE POR REACCION DE ALCOHOLES POLI-HIDRICOS
CON ACIDOS REACTIVOS POLIBASICOS

Estas frases se extendían desde la ladera este de Twin Peaks hasta la calle del Mercado y el Embarcadero.

Y durante un breve intervalo, posiblemente bajo la influencia de la bebida, llovieron una serie de mensajes como este:

NITA KRIBBERT ES ESBELTA, SUAVE, LIMPIA Y SUS MANOS NO ENROJECEN

H. J. SPURGLE NO NECESITA LAVARSE. FELIZ BODA PARA GIT

Aquella noche, los barrios extremos de la ciudad se hallaban ya completamente paralizados. Todo el tráfico se había detenido. Letras elásticas obstruían por completo todas las calles, descansaban perezosamente sobre los tejados y se amontonaban unas sobre otras en pila gigantesca y desordenada

de madera. Únicamente los pisos superiores de los más altos edificios eran visibles.

Las siguientes palabras del testigo ocular, Edgar Fogleman, empleado de la Wells Fargo, se han transcrito en la revista Glimpse en su número correspondiente a noviembre de 1973.

»No estaba seguro de si el Banco abriría o no, pero de todas formas me dirigí a mi trabajo. La situación empeoraba al acercarme al distrito comercial.

»No sé cómo describir aquel espectáculo, era como pasear a través de un baño de burbujas. Había aire y luz a raudales, pero resultaba muy fácil perderse al ir a doblar una esquina, porque luego no era una esquina, sino el extremo de una letra.

»Nadie parecía asustado o dominado por el pánico, pues no era difícil abrirse camino..., pero todos se sentían confundidos y como locos.

»Cuando llegué al cruce de las calles Montgomery y California, un hombre con un brazal me advirtió de que todas las personas útiles del distrito estaban cooperando para quitar los obstáculos que obstruían el paso. Fui agregado a un grupo de tres individuos y empezamos a empujar una letra enorme a través de un estrecho callejón despejado al efecto y que conducía hacia el mar. No costaba mucho empujarlas, pero su manejo era una verdadera complicación.

»Al cabo de cuatro horas, el embarcadero quedó tan repleto que ya no podíamos acercarnos a las proximidades de la bahía. Permanecimos allí algún tiempo hasta que nuestro improvisado capataz nos mandó a casa, mientras otro equipo intentaba remolcar todo aquello hacia la península por media de camiones.»

Dos horas antes, el alcalde de Oakland, en un elegante gesto de amistad y colaboración cívica, envió a través de la bahía a unos 500 exploradores que estaban celebrando su concentración anual en las orillas del lago Merritt. El párrafo que sigue forma parte de un informe presentado más tarde por el explorador jefe Jerrold Danielsen a la Dirección Nacional de Exploradores de América, y que reproducimos con el amable permiso del señor Danielsen.

«...Deseo hacer una puntualización a su carta en reprimenda a la Patrulla Hedgetog por "conducta indigna de los exploradores" como dice textualmente. Es cierto que nuestros muchachos se extraviaron y vagabundearon de un lado para otro durante tres horas, pero creo un mérito por su parte el que no perdieran la cabeza por completo. Después de todo, el hallarse perdido en el bosque o en un amasijo de caucho son dos cosas completamente diferentes... No olvide que era imposible cortar aquellas frases publicitarias para abrirse camino.

»En cuanto a su afirmación de que "encender hogueras en todas las esquinas sólo sirvió para aumentar la confusión general", señalaré que dichas fogatas se usaron para asar la carne de los cazadores y sirvieron para elevar la moral de quince hambrientos vecinos de San Francisco (según mis cálculos), y que compartimos con ellos.

»En cuanto a su reclamación de que...«

La policía de la ciudad había cursado órdenes mucho antes para descubrir y hacer aterrizar a aquel loco.

No hubo dificultad en localizarle.

El sargento Mulrooney informó pasada una hora de que Mordecai describía círculos a unos 1.500 metros de altura, arrastrando un liquido de cancho, de aspecto curioso, que se solidificaba casi instantáneamente.

—¿Pero cómo vamos a hacerle bajar si no podemos derribarlo?— preguntó—. No podemos acercarnos lo suficiente para ello..., para esconderse le basta con zambullirse detrás de una de sus propias frases.

Y en el crepúsculo de aquel frenético viernes, Mordecai no sólo permanecía en el aire, sino que había agregado a las letras un nuevo ingrediente: la fluorescencia.

SAQUE BRILLO A SUS FREGADEROS

Y LAVABOS CON H. J. SPURGLE

La frase resplandeció en un brillante color púrpura para, por fin, acurrucarse obscenamente sobre el Museo de Arte Moderno. A partir de entonces, en la noche, el cielo se vio rasgado por relámpagos verdes, bermellón y naranja, que inundaban todo con una deslumbrante fosforescencia fantasmal.

A las 5 y 17 minutos de la madrugada del tercer día, cuando todo San Francisco descansaba bajo un manta multicolor, se produjo una brusca interrupción de las frases descendentes. Una completa quietud siguió durante cinco minutos completas. Luego el cielo se vio cruzado por un nuevo mensaje.

SIGUE ANUNCIO IMPORTANTE

Varios cientos de miles de ojos escudriñaron la oscuridad, aguardando llenos de esperanza. Finalmente, llegó el esperando anuncio:

COMPRE ESCRAMO, EL NUEVO JABON EN POLVO

Y fue seguido casi inmediatamente por otro:

¡ESCRAMO DICE ADIOS A GIT!

Cientos de miles de espectadores, sin comprender, indiferentes, con los ojos inyectados en sangre, se volvieron disgustados y emprendieron de nuevo su abrumador acarreo de letras.

Aquel fue el último mensaje que apareció en el cielo de San Francisco.

Quizá el desenlace pueda describirse mejor por medio de un extracto de la entrevista con la señora Millie Speicher, ama de casa, residente en la calle Washington 2390, publicada el 26 de septiembre de 1973 en el *News* de San Francisco:

«...Me hallaba en el mercado de la calle 14, hacia las nueve de la mañana. Era sábado y me llamó la atención un almacén con un letrero que decía: "Compre "Escramo" aquí".

»Recordé la frase de esto madrugada acerca de Escramo y entré. Estaba abarrotado de saquitos de dos kilos de producto nuevo. El dependiente me aconsejó comprar unos y probé su contenido sobre las frases del GIT.

»Salí a la calle, abrí el paquete y lo espolvoreé un poco sobre la letra mas próxima. Esta se desintegró instantáneamente como una pompa de jabón. Así se lo dile a otras personas, y en menos de quince minutos se había formado una enorme cola enfrente del almacén que llegaba hasta la instalación del *ferry*.

»A mediodía habían desaparecido todas las letras del GIT. Lo único que quedaba era una delgada cantidad de polvo gris, que lo cubría todo y que los bomberos barrieron con sus mangueras. Fue algo maravilloso...»

Así acabo el incidente del «Anunciante Paranoico del Cielo», un episodio que San Francisco ha tratado en vano de olvidar en los últimos veinte años.

Hay quien insiste en que Mordecai nunca salió del helicóptero, que su proceder fue dictado por la locura y que tuvo un final misericordioso cuando su aparato resulto averiado y se hundió para siempre en el Pacífico.

Pero otros no se sienten tan seguros.

Estos últimos señalan algunos hechos significativos.

Primero, que los fabricantes de GIT se vieron obligados a abandonar su negocio por exigencia popular.

Segundo, que ESCRAMO, al alcanzar la cumbre de la popularidad, tras su espectacular acción sobre las letras GIT en aquel tercer día, surgió en un momento sospechosamente oportuno.

Tercero, que la nueva compañía ESCRAMO fue regida durante los años siguientes por un consejo títere de directivos, cuyo presidente se dejó ver muy raramente.

En lo concerniente a Nita Kribbert, estos dos extractos pueden resultar de interés, el primero de los cuales apareció en la sección de anuncios personales del *Examiner*, el 14 de noviembre de 1973: «¡Ev! ¿dónde estás? ¿Cómo pudiste creer por un solo momento que tenía la intención de casarme con H.J.? Ha sido una horrible equivocación y puedo explicarlo todo. ¡Por favor, llámame! Kribbie».

El segundo extracto apareció en el número de febrero de 1974 de *High Life*:

«...si, estoy a punto de casarme. Pero no puedo decirle, ni dónde ni con quién. ¡Es un gran secreto! Todo lo que puedo decir es que es joven y guapo y que está en el camino del éxito. ¿Que si es cierto que en una ocasión tonteeé con H.J. Spurgle? En absoluto. Ibamos a asistir a una boda, pero no se trataba de la mía. H.J. iba a casarse con cierta persona a quien conocí en Arizona y me pidió que le acompañara en mi calidad de secretaria particular como dama de honor. Entonces se produjo el bombardeo de las frases publicitarias de GIT, que deshizo todos los preparativos. ¿Cómo es posible que se extiendan estos estúpidos rumores? ¡Ahora me siento completamente feliz...!»

Una última observación. Hace sólo dos años que el Boletín del Consumidor explicó lo siguiente acerca de Escramo:

«...La compra histérica de ESCRAMO, por las amas de casa ha situado este nuevo producto entre los de mayor venta en el mercado, posición que se ha mantenido durante más de quince años. Sin embargo, las pruebas efectuadas en nuestros laboratorios han demostrado repetidamente, sin lugar a dudas, que es del todo inoperante en fregaderos, lavabos, bañeras, esmaltes, porcelanas y linóleos, a excepción de su finalidad primitiva: destruir las frases publicitarias de GIT.»

FIN